

El deseo de Dios. Comentario a la carta *Placuit Deo*

Emilio José Justo Domínguez

Universidad Pontificia de Salamanca

La ya en desuso expresión española “plugo a Dios” –conjugación irregular del verbo *placer*– compendia lo que significa la forma del deseo de Dios, que es voluntad, proyecto, ilusión, decisión, acción. Ese deseo divino ha sido comunicado a los hombres y así salvarlos incorporándolos a su propio misterio de vida. Por eso la carta de la Congregación para la doctrina de la fe sobre algunos aspectos de la salvación, que se va a comentar, comienza citando un texto del concilio Vaticano II que resume el designio salvífico de la revelación de Dios (DV 2)¹. Dios busca a los hombres para compartir su vida con ellos, invitándolos a una alianza de amistad y para vivir en comunión con Él (cf. 1Tm 2,3-4). En este sentido, Dios tiene deseo del hombre, de estar en relación con cada persona y de entrar en una comunicación viva. Se trata de una dinámica de diálogo que es propia del ser de Dios y de su forma de crear el mundo y de relacionarse con los hombres. La salvación de los hombres es el contenido del deseo de Dios respecto a su creación. Ofreciendo la salvación, transmite su propio dinamismo de amor y de comunión, que ha dado forma al mundo y envuelve a toda la creación. Este deseo de Dios, que quiere salvar a los hombres, se dirige a la humanidad y a cada persona, y entronca con los anhelos más profundos del ser humano, en los que anida el deseo de Dios que callada, plácida o dramáticamente siente el hombre.

¹ Congregación para la doctrina de la fe, *Carta Placuit Deo a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana*, 22 de febrero de 2018. Se citará en el texto poniendo entre paréntesis los números a los que se haga referencia.

1. EL DESEO DEL HOMBRE

El misterio del hombre se modula desde su búsqueda de la felicidad (n. 5). La aspiración profunda de todo ser humano está en la plenitud de su realización personal, alcanzando sus máximas posibilidades. La alegría, la paz, el encuentro con los demás, el logro de proyectos personales son cifras de esa felicidad que anhela y busca. Esas búsquedas concretas muestran el deseo del hombre que quiere ser feliz. Pero en la vida humana se encuentra también la realidad del mal y del sufrimiento, del fracaso y de la ruptura, por lo que esa felicidad incluye la superación de lo que angustia y oprime al hombre. En toda la historia se han hecho esfuerzos para entender y superar la realidad del mal. Los males concretos se pueden suavizar y se puede mejorar, pero no se ha vencido la realidad del mal y quizá se pueda pensar que resulta imposible esa liberación total por el hombre solo. Hay una raíz última del mal que afecta al mundo y desborda al hombre. El mal está relacionado con el pecado y mientras éste no sea perdonado y desactivado, la fuerza del mal seguirá en vigor. En la carta se recuerda que el pecado significa separación de Dios, pérdida de la armonía entre los hombres y el mundo y disgregación y muerte (n. 7). En esa situación el hombre necesita ser liberado.

El hombre anhela la salvación como plenitud de su vida y como liberación del mal y del pecado². Sólo quien pueda perdonar el pecado y quien haga plena la vida del hombre puede ser salvador. Esto apunta a la cuestión de Dios, porque hay algo infinito y absoluto en el hombre a lo que sólo quien es absoluto puede corresponder. El deseo de felicidad tiende hacia lo eterno y hacia lo divino. Dios tiene el poder de una vida eterna que destruye el pecado y es el destino y la vocación última del hombre (n. 6). El ofrecimiento de la vida de Dios significa una felicidad que puede colmar el corazón del hombre, sus ilusiones y sus deseos más profundos. Con Dios el hombre alcanza la plenitud de su vida porque está configurado según su designio y ha sido creado a su propia imagen (cf. Gn 1,26). El hombre está hecho en sintonía con Dios y en él hay un hálito divino. Con Dios el hombre llega a ser él

² G. Greshake, *Gottes Heil – Glück des Menschen. Theologische Perspektiven*, Freiburg-Basel-Wien 1983, 15-49. O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1997, 1-6. M. Schulz, *Erlösung wovon? Christsein wozu?*, Augsburg 2009. E. J. Justo, *La salvación. Esbozo de soteriología*, Salamanca 2017, 13-17.

mismo completamente, despliega sus máximas posibilidades y es conducido a su destino en una comunión de relaciones personales. Así Dios también libera al hombre del mal y del pecado porque es su creador y su amigo entrañable. Y, entonces, el deseo de Dios, que quiere la salvación de los hombres, descubre, despierta y colma el deseo más profundo del ser humano³.

2. DIFICULTADES CONTEMPORÁNEAS PARA HABLAR DE LA SALVACIÓN CRISTIANA

La carta que se comenta señala dos rasgos de la cultura actual que plantean serias dificultades para la comprensión de la salvación cristiana: el individualismo y una salvación meramente interior (n. 2). Estos aspectos se comparan con sendas herejías antiguas, que tienen rasgos y peligros permanentes, refiriéndose a esos aspectos como neo-pelagianismo y neo-gnosticismo (n. 3). No se pretende hacer una valoración de esas herejías antiguas ni presentar su forma moderna, sino que se utiliza este lenguaje para describir dificultades de la cultura contemporánea, que es lo que se quiere analizar y desde lo que se reflexiona para cuestionar su verdad y presentar la identidad de la salvación cristiana. En cuanto que son rasgos de la cultura contemporánea la carta no sólo ayuda al diálogo con quienes no son cristianos, sino que también afecta a la comprensión que los cristianos tienen de sí mismos y de la salvación que Dios ofrece. La cultura impregna y modela el pensamiento de los creyentes, así como desde la fe se pueden generar estilos de vida y formas de pensamiento que configuren la cultura.

El individualismo significa una comprensión del hombre como un ser autónomamente cerrado, capaz de hacer su vida y de salvarse por sus solas fuerzas. Esto significa una deformación de la realidad humana, pues el hombre es, en su misma constitución, relación. Paradójicamente, a la vez que en algunas líneas está marcado por el individualismo, en el pensamiento contemporáneo se ha ido descubriendo que la relación es constitutiva del ser y de la misma estructura del hombre, no como algo accidental que ayude a su realización sino como un elemento del ser

³ A. Gesché, *El sentido. Dios para pensar VII*, Salamanca 2004. G. Amengual, *Deseo, memoria y experiencia. Itinerarios del hombre a Dios*, Salamanca 2011.

del hombre, que en sí mismo está en relación con otros y con el Absoluto⁴. La vida le es dada al hombre poniéndolo en relación con otras personas y con la misma sociedad, y sólo así puede entenderse y vivirse a sí mismo. Tanto la constitución antropológica como el hecho de la salvación cristianas son incomprensibles sin el hecho de la relación. Por eso, la carta presenta la salvación cristiana como comunión y explica que la acción del salvador es incomprensible si no hay unidad del género humano (n. 4) y una real relación personal entre los hombres y con Dios.

Respecto al segundo aspecto, la comprensión de la salvación como algo meramente interior está en lógica relación con el individualismo. El hombre centrado en sí mismo termina viendo su esencia desligada del cuerpo, que es la realización de sí mismo y expresión de su vínculo fundamental con los otros y con el mundo. Sin embargo, el ser humano es cuerpo. En la concreción de su cuerpo el hombre se realiza, se vive, se manifiesta y se comunica a sí mismo, a la vez que se muestra su comunión con la creación y con todos los hombres⁵. Si la salvación es la plenitud del ser humano, sólo puede realizarse de forma integral, ya que afecta a todas las dimensiones de su ser y de su existencia. Lo corporal pertenece a la identidad del hombre y, por tanto, su salvación ha de incluir esta dimensión constitutiva de su ser. Por su corporalidad el hombre vive su interioridad, su comunitariedad, su historia, sus anhelos más profundos. A esta realidad antropológica responde la integralidad de la salvación a la que se refiere la carta: “En consecuencia, la salvación que la fe nos anuncia no

⁴ Desde distintas perspectivas filosóficas y teológicas, véase el art. “Relation”, en: J. Ritter – K. Gründer, *Historisches Wörterbuch der Philosophie* 8, Basel 1992, 578-611. M. Heidegger, *Ser y tiempo*, par. 26, Barcelona 2004, 188-199. E. Levinas, *De otro modo de ser o más allá de la esencia*, Salamanca ²2011. M. Buber, *Yo y tú*, Madrid ³1998. P. Ricouer, *Sí mismo como otro*, Barcelona 1996. H. Krings, *System und Freiheit. Gesammelte Aufsätze*, Freiburg-München 1980. K. Hemmerle, *Tras las huellas de Dios. Ontología trinitaria y unidad relacional*, Salamanca 2005. D. Sattler, *Beziehungsdenken in der Erlösungslehre. Bedeutung und Grenzen*, Freiheit-Basel-Wien 1997. C. E. Gunton, *Unidad, Trinidad y Pluralidad. Dios, la creación y la cultura de la modernidad*, Salamanca 2005. I. D. Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, Salamanca 2009. Ch. Schwöbel, *Gott in Beziehung. Studien zur Dogmatik*, Tübingen 2002.

⁵ K. Rahner, “Para una teología del símbolo”, en: *Escritos de teología* IV, Madrid ⁴2002, 261-294. J. L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander ³1996, 134-138. M. Henry, *Encarnación. Una filosofía de la carne*, Salamanca 2001.

concierno sólo a nuestra interioridad, sino a nuestro ser integral. Es la persona completa, de hecho, en cuerpo y alma, que ha sido creada por el amor de Dios a su imagen y semejanza, y está llamada a vivir en comunión con Él” (n. 7).

3. EL MISTERIO SALVADOR DE CRISTO

Teniendo de fondo esas dificultades culturales, en la carta se formulan aspectos fundamentales del contenido de la salvación cristiana, insistiendo en lo que esas dificultades cuestionan. Si en un documento anterior de la Congregación se subrayó la mediación única y universal de Cristo y de su Iglesia⁶, en esta carta la preocupación es el contenido y la forma de la salvación en algunos de sus aspectos.

El cristianismo tiene su fuente originaria en la comunión trinitaria de Dios, supone la unidad de todo el género humano y significa una realización de comunión⁷. La salvación que el cristianismo porta y transmite es un acontecimiento de comunión y para ello es decisivo el hecho de la encarnación del Hijo de Dios. Por eso, el criterio fundamental para entender la salvación es el misterio de Cristo. En esta línea, en la carta se ofrece una especie de definición: “La salvación consiste en nuestra unión con Cristo, quien, con su Encarnación, vida, muerte y resurrección, ha generado un nuevo orden de relaciones con el Padre y entre los hombres, y nos ha introducido en este orden gracias al don de su Espíritu, para que podamos unirnos al Padre como hijos en el Hijo y convertirnos en un solo cuerpo en el ‘primogénito entre muchos hermanos’ (Rm 8,29)” (n. 4). Cristo comunica la vida divina, insertando a los hombres en el misterio de comunión que vive con el Padre en el Espíritu Santo. La salvación acontece como una comunicación personal, que tiene lugar en la persona y en la vivencia histórica de Cristo, y consiste en la participación en la vida trinitaria de Dios. El creyente recibe una vida nueva y es insertado en una comunión de relaciones personales.

⁶ Congregación para la doctrina de la fe, *Declaración Dominus Iesus sobre la unidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, 6 de agosto de 2000.

⁷ H. de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Madrid 1998. G. Greshake, *Erlöst in einer unerlösten Welt?*, Mainz 1987. W. Kasper, *Teología e Iglesia*, Barcelona 1989, 376-400.

En el acontecimiento salvífico la mediación de Cristo es determinante para su realización y para su comprensión, como el mediador y como la salvación misma (cf. 1Tm 2,5). En la carta se explica así: “Cristo es el Salvador porque ha asumido nuestra humanidad integral y vivió una vida humana plena, en comunión con el Padre y con los hermanos. La salvación consiste en incorporarnos a nosotros mismos en su vida, recibiendo su Espíritu (cf. 1Jn 4,13). Así se convirtió ‘en cierto modo, en el principio de toda gracia según la humanidad’ (Santo Tomás de Aquino). Él es, al mismo tiempo, el Salvador y la Salvación” (n. 11). Si la salvación es comunión con Dios, la unión personal con Cristo realiza esa salvación. Él comparte la vida divina, es la misma vida (cf. Jn 1,4; 11,25; 14,6) y comunica la vida eterna (cf. Jn 6,54; 17,3). Él es la misma salvación, porque en Él se comunica el misterio de Dios y en Él el hombre entra en la comunión trinitaria⁸. Al hacerse hombre, el Hijo de Dios ha personalizado una humanidad y así en su persona tiene lugar la perfecta comunión entre Dios y el hombre: Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios y el Hijo ya es este hombre personalmente. Esta comunión entre Dios y el hombre es la realización personal de la salvación. Cristo en persona es la salvación porque en Él es plena la unión entre Dios y el hombre, y justamente en la medida en que es la salvación es el salvador de todos los hombres.

Aquel que es la salvación en persona puede ofrecer y realizar esa salvación como mediador del encuentro de cada hombre con Dios y como agente del acontecimiento salvífico. Cristo es el salvador porque es la salvación. Su acción salvífica es posible por su constitución personal como Hijo de Dios encarnado y por ser la imagen según la cual han sido creados todos los hombres (cf. Col 1,16). Está en comunión esencial con el Padre en el Espíritu Santo y en relación personal con todos los hombres. En la carta se insiste en que la unidad del género humano y la realidad de la encarnación del Hijo hacen comprensible la mediación salvífica de Cristo (n. 4 y 10). Cristo es, pues, el salvador y puede estar en relación con todos por el hecho de ser un hombre concreto (n. 10)⁹.

⁸ L. F. Ladaria, *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid 2007. J. L. Ruiz de la Peña, *Creación, gracia, salvación*, Santander 1993, 122-125.

⁹ E. Durand, *L'Offre universelle du salut en Christ*, Paris 2012, 381-386. K.-H. Menke, *Die Einzigkeit Jesu Christi im Horizont der Sinnfrage*, Einsiedeln-Freiburg 1995. A. Gesché, *El destino. Dios para pensar III*, Salamanca 2001, 185-213. G. Uríbarri, *La singular humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, Madrid 2008, 355-378.

Asimismo, su condición singular de ser el Hijo de Dios encarnado hace que sea el único salvador de todos los hombres.

Aquí cabe señalar uno de los aspectos más significativos de la carta y que es determinante para la comprensión cristiana de la salvación. Cristo es salvador no como un ejemplo a imitar sino como alguien que actúa en el hombre haciéndolo “una nueva creación” (2Co 5,17). Formulando una conclusión que se sigue del individualismo, en la carta se dice que “en esta visión, la figura de Cristo corresponde más a un modelo que inspira acciones generosas, con sus palabras y gestos, que a Aquel que transforma la condición humana, incorporándonos en una nueva existencia reconciliada con el Padre y entre nosotros a través del Espíritu” (n. 2). Realmente Cristo salva no como un modelo externo al hombre que muestra y hace lo que cada persona podría llegar a ser y hacer por su propio dinamismo y con sus fuerzas; más bien, Él salva actuando en el hombre mediante su Espíritu y entrando en una relación personal que lo transforma y lo introduce en la novedad del misterio divino, llegando a una identificación tal con Cristo que el creyente puede afirmar que Cristo vive en él (cf. Ga 2,20), porque se ha dado una participación en su misterio pasual identificándose Cristo mismo con el creyente (cf. Rm 6,1-11). Más que imitación, la salvación cristiana es la introducción en el misterio del amor trinitario de Dios, que supone una transformación personal y una vida nueva. Cristo es el salvador con el que relacionarse y en el camino del seguimiento personal un ejemplo para seguir sus huellas experimentando su compañía y su gracia. La salvación es comunión y un acontecimiento de relación; el salvador es alguien que actúa en el hombre y con quien se está en relación. Así el hombre se introduce en su misma relación con el Padre por el Espíritu Santo y participa de su vida personal, recibiendo el ser hijo de Dios por su vinculación personal con el Hijo encarnado (cf. Rm 8,14-17; Ga 4,4-7).

Esta acción de Cristo en el hombre suscita la acción del hombre, que ha de participar libre y responsablemente en esa relación de alianza y en el misterio de la comunión personal. Se descubre que “aparece en la vida de Jesús una admirable sinergia de la acción divina con la acción humana” (n. 7). Así se muestra el dinamismo de mutua implicación de Dios y el hombre en el acontecimiento salvífico. El diálogo y la recíproca interacción pertenecen al misterio de Cristo y a la salvación misma. El hombre es transformado por Cristo para estar unido a Él y para participar activamente en la relación personal con Él. El salvador incluye al hombre en su misma acción.

Por tanto, la salvación significa un acontecimiento en el que el salvador hace algo nuevo en el hombre y éste, por su parte, acoge ese don y responde participando activamente en la relación con Cristo. La salvación significa una transformación del hombre y de la realidad, precisamente porque implica una transformación de Dios mismo, que se hace hombre para que el hombre llegue a ser partícipe de su naturaleza divina (cf. 2P 1,4)¹⁰. La divinización del hombre acontece mediante la humanización del Hijo de Dios, que asume una humanidad y por ella se une a todos los hombres (cf. GS 22). Esto implica una relación con la creación, pues Dios entra personalmente en la creación, la introduce en su misterio sembrando en ella la vida eterna y la conduce a su consumación en la comunión con Dios (cf. 1Co 15,28). Esta relación con la creación y la acción de Dios a través de ella implican la dimensión sacramental de la salvación. Puesto que la salvación supone una transformación del hombre y de la creación, su realización acontece de forma sacramental.

4. LA REALIZACIÓN SACRAMENTAL DE LA SALVACIÓN

La salvación que Cristo realiza y comunica tiene una forma sacramental. Dios es comunión y la participación en su misterio ha de realizarse mediante una forma comunitaria. En la participación en la Iglesia como comunión acontece la relación personal y viva con Dios, que abre su misterio para que los hombres puedan vivir en él. La Iglesia es el espacio creatural, personal y social para insertarse en la relación con Dios. Significa una mediación salvífica por su condición sacramental (n. 12), haciendo presente el misterio de Dios en el mundo y haciendo posible la

¹⁰ Esta formulación es una expresión común en la patrística para mostrar la vinculación entre la encarnación y la salvación. “Él se ha hecho hombre para que nosotros nos hagamos Dios”: San Atanasio de Alejandría, *De incarnatione Verbi* 54 (PG 25,192B). Sobre la divinización como salvación del hombre véase: M. Lot-Borodine, *La déification de l’homme selon la doctrine des Pères grecs*, Paris 1970. B. Sesboüé, *Jesucristo el único mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación I. Problemática y relectura doctrinal*, Salamanca 1990, 215-241. P. Urbano López de Meneses, *Theosis. La doctrina de la divinización en las tradiciones cristianas. Fundamentos para una teología ecuménica de la gracia*, Pamplona 2001. M. J. Christensen – J. A. Wittung (eds.), *Partakers of the Divine Nature. The History and Development of Deification in the Christian Traditions*, Michigan 2007.

relación de los hombres con Dios. En este sentido, la Iglesia es sacramento de la salvación¹¹.

La humanidad resucitada de Cristo es el espacio de la salvación y la mediación para la comunión con el Padre en el Espíritu¹². La presencia del Resucitado en el mundo supone la acción del Espíritu Santo, que lo hace presente y actual, personalizando su acción para cada ser humano, y conlleva la referencia a su cuerpo eclesial. El cuerpo resucitado de Cristo incluye su corporalidad eclesial y se hace accesible en la historia mediante la corporalidad sacramental¹³. Por medio de los sacramentos Cristo actúa en los hombres mediante su Iglesia, que los celebra como elementos constitutivos de su ser, especialmente los sacramentos del bautismo y de la eucaristía (n. 13). Por el bautismo, que es el sacramento de la salvación, el creyente participa del misterio pascual de Cristo y se incorpora a la Iglesia, que es la comunidad a la que Cristo mismo se ha vinculado. La eucaristía significa hacerse uno con Cristo en la comunión eclesial compartiendo la misma vida que Cristo entrega en su cuerpo y su sangre.

Cristo resucitado se hace presente en su cuerpo eclesial y en su cuerpo sacramental para que los creyentes, al entrar en contacto corporal con Él, participen de su misma vida, esto es, de su salvación, viviendo la unión con Cristo en la historia y entrando en su misma relación con el Padre en el Espíritu. Se trata de la “economía corporal de los sacramentos” (n. 14). El cuerpo es un elemento de la creación que pertenece al ser del hombre y, desde su encarnación, a la persona del Hijo de Dios. La salvación acontece corporalmente e incluye la santificación del cuerpo (n. 14), hasta el punto de convertirse en el quicio de la salvación¹⁴.

¹¹ O. Semmelroth, “La Iglesia como sacramento de la salvación”, en: Feiner – Löhrer (Dirs.), *Mysterium Salutis* IV/1, Madrid 2^a1984, 321-370. Y. Congar, *Un pueblo mesiánico*, Madrid 1976, 13-119. A. González Montes, *Imagen de Iglesia. Ecclesiológia en perspectiva ecuménica*, Madrid 2008, 53-68. R. Blázquez, *La Iglesia. Misterio, comunión, misión*, Salamanca 2017, 97-110.

¹² K. Rahner, “Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios”, en: *Escritos de teología* III, Madrid 2002, 47-58. J. Alfaro, *Cristología y antropología. Temas teológicos actuales*, Madrid 1973, 141-182.

¹³ E. Schillebeeckx, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián 1969. F. X. Durrwell, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Barcelona 3^a1967, 341-361.

¹⁴ “Nulla omnino anima salutem possit adipisci, nisi dum est in carne crediderit: adeo caro salutis est cardo”: Tertuliano, *De resurrectione carnis* 8 (PL 2,806A).

Y esto apunta a la dimensión práctica de la salvación, cuidando del cuerpo de cada persona y especialmente de los hombres que sufren (n. 14), y a su dimensión escatológica (n. 15), pues el ser humano está llamado a participar de la gloria de Dios por la resurrección de la carne, uniéndose al cuerpo de Cristo resucitado y así participando con todos los hombres en su relación de amor con el Padre por el Espíritu Santo.

5. CONCLUSIÓN

La carta *Placuit Deo* es un documento preciso e iluminador para presentar una comprensión cristiana de la salvación. Se destacan sólo algunos aspectos, pero se explican en un conjunto que ofrece el esquema fundamental para una soteriología. En el documento aparecen contenidos básicos y criterios orientativos para una reflexión sobre la salvación.

La dimensión sacramental muestra que la salvación es comunión en la vida trinitaria, que incluye la realización comunitaria en la Iglesia y la relación con todo lo humano y con toda la creación. La salvación es una realidad integral que incluye a todo el hombre y a todos los hombres en su vinculación metafísica con Cristo y por su relación personal con Él. Se destaca que Cristo es la salvación misma, en cuanto comunicación personal de Dios por su encarnación, y el salvador, pues es el camino por el que los hombres son transformados al entrar en la comunión viva con el misterio del amor divino.

Así pues, la comunión y la corporalidad pertenecen al acontecimiento de la salvación. Al subrayar estos aspectos no se trata sólo de explicar la verdad de la salvación cristiana. Esta reflexión sobre la salvación puede ayudar a pensar lo que realmente son el hombre y el mundo, mostrando que la relación y el cuerpo son constitutivos del ser humano y pertenecen a su identidad y a su destino. De esta forma la carta que se ha comentado, además de su primordial sentido teológico, puede ser una contribución a la reflexión antropológica y una invitación a un diálogo a fondo con la cultura contemporánea.